

-El mundo partido-

Seudónimo: Bluth

(Modalidad B)

-Señor Wilson, ¿qué recuerdos tiene de su infancia?

Brian cierra los ojos y le parece sentir de nuevo sobre los pómulos el aire cálido de la costa, acogedor y hostil al mismo tiempo, como una manta envuelta en llamas. Su niñez fue un continuo estado de alerta, y pensar en ella le hace viajar invariablemente a un día en concreto. Brian solía estar siempre listo para recibir en cualquier momento un golpe, de un modo similar a como se anticipa el cuerpo a la llegada de una curva o a la parada del ascensor en una planta. Los músculos tensos, el mentón hundido entre los hombros y replegado contra el pecho, pero aquella vez, simplemente, no lo vio venir. La mano del padre cayó, pesada y fría, sobre la oreja derecha de Brian. El muchacho tenía el cuello relajado, y de inmediato lo invadió la extraña sensación de que la mitad de su cuerpo se hundía de golpe en un océano gelatinoso.

-¿Qué demonios estáis haciendo? ¡Habéis desafinado! Queréis buscarme la ruina, eso es lo que queréis – gritó Murry Wilson.

Los hermanos de Brian dijeron algo, sin embargo ya no pudo escucharlos. Las palabras del padre ocupaban por completo su cerebro, rebotaban en su interior, llenas de púas y ceniza, sin encontrar la salida. Brian alzó los brazos un instante, comprimió los labios, cerró los ojos y se desplomó.

A veces cree que aún sigue allí, tumbado sobre la moqueta, inconsciente y casi niño, y que nada de lo que sucedió a partir de entonces es real. Ni los millones de discos vendidos, ni su diagnóstico de trastorno esquizoide, ni la muerte de su hermano, Dennis. A veces imagina que despierta y que no es ni siquiera carne, sino un acorde proyectado en el vacío. A veces duerme queriendo soñar con otra vida, y nunca lo consigue.

-¿Señor Wilson?

-¿Sí?

-¿Se encuentra bien?

-Sí, disculpe, ¿puede repetirme la pregunta?

-Por supuesto. Le comentaba que estamos grabando esta entrevista a pocos días de que se cumpla el cuadragésimo aniversario del fallecimiento de su padre. Visto desde la distancia, ¿cómo observa ahora su figura? ¿Hasta qué punto cree que lo influyó?

Murry Wilson, músico esforzado y carente de fortuna. Brian lo quería y lo despreciaba a partes iguales. Lo admiraba y lo temía. Murió en 1973, para entonces “The Beach Boys” ya cargaban con la etiqueta de grupo pasado de moda y Brian había comenzado a deslizarse en una espiral autodestructiva de la que tardaría más de dos décadas en salir.

-Me gustaría pensar que la forma de ser de mi padre no me afectó demasiado en mi carrera, pero nunca he estado tan loco como para mentirme tanto a mí mismo.

-Para terminar, señor Wilson, quizá le apetecería mandar un mensaje positivo a nuestra audiencia. Usted es un ejemplo de superación personal, y no sólo por haber afrontado los problemas que todos conocemos, sino por haber convivido con otro obstáculo que mucha gente ignora. Usted es sordo de un oído y, sin embargo, pasará a la historia como uno de los mejores compositores del último siglo, ¿cómo es eso posible?

-Todo tu éxito me lo debes a mí – le dijo su padre en una ocasión. Agonizaba en la cama de un hospital, y aun así no había perdido ni un ápice de su crueldad.

Brian tuvo que admitir, secretamente, que de algún modo aquel hombre abusivo y controlador estaba en lo cierto. Desde que lo dejara sordo de un oído, todos los sonidos que le entraban por el otro se quedaban a vivir dentro de su cabeza, confundándose hasta formar una especie de angustioso magma del que, de cuando en cuando, surgían obras maestras. También es verdad que en su creatividad habitaba el reverso tenebroso de las crisis nerviosas, ¿pero acaso no es la locura un buen peaje a cambio de poder componer “Good vibrations” o “God only knows”?

-No, no lo es... - susurró Brian.

-¿Qué dices?

-Que nunca he sido feliz, papá. Eso es lo que te debo.

Tampoco fue feliz Brian Wilson cuando escuchó el “Rubber Soul” de “The Beatles”, ni cuando le mostraron el muro de sonido de Phil Spector. El talento de los demás lo abrumaba. Quería perseguirlo, imitarlo, superarlo. Lo conseguía, muchas veces, pero Brian únicamente podía sentir el dolor de no llegar a todas las metas que se iba proponiendo. Tal y como lo veía, otros estaban logrando los sonidos que a él se le negaban. No fue feliz con la estructura de “Smile”, el que tendría que haber sido su mejor álbum. No fue feliz con su primera esposa, ni con Eugene Landy, el psiquiatra

que lo trató, y que abusó de su confianza, durante años. No fue feliz Brian Wilson hasta que comprendió que en él habitaban dos tipos muy distintos y que tenía que reconciliarlos de algún modo.

-Supongo que conoce el muro de sonido de Phil Spector.

-Por supuesto.

-Bien, en mi caso yo diría que uso una especie de muro de silencio cuando escribo alguna canción.

-¿Qué quiere decir?

-No sé cómo el resto de seres humanos percibe la música. Lo que a mí me ocurre es que yo escucho y no escucho las cosas a la vez. La abundancia y la ausencia se mezclan entre mis oídos, y por eso las distorsiones, las psicodelias, la acumulación de pistas y de instrumentos, que para otros resultan llamativas a mí me parecen naturales. Quizá ser medio sordo me hizo mejor compositor.

-Ese es un pensamiento muy osado.

-En la vida hay que ser osado, sobre todo en una vida como la mía.

El presentador sonríe, asiente, y despide el programa. Los focos se apagan. El público se marcha. Brian Wilson se queda unos minutos sentado en la butaca, meciéndose ligeramente a izquierda y derecha, dándole vueltas a un nuevo estribillo. A muchos kilómetros de distancia el otro Brian Wilson se levanta por fin de la moqueta, baja las escaleras del apartamento, llega a la playa y pasea por la arena hasta que anochece. Uno de los dos es feliz, el otro es un genio.